



Guerra contra el terror: guerra contra los cuerpos. Una aproximación desde la perspectiva de la Geopolítica Feminista

War on terror: war on bodies. A Feminist's Geopolitics approach

Ana Santamarina Guerrero¹.@

¹Universidad Complutense de Madrid. España.

@Autor/a de correspondencia: ansant01@ucm.es

Resumen

En los últimos años, la Geopolítica Feminista ha revolucionado los estudios geopolíticos a través de la introducción de nuevas herramientas y enfoques de análisis espacial. Partiendo de que las conexiones entre los procesos globales y locales no son abstractas y están siempre corporeizadas y situadas en algún lugar concreto, reivindica que el cuerpo también es una escala espacial y por tanto un lugar donde se proyectan las representaciones y prácticas geopolíticas (Cabezas, 2012). Esta mirada permite a las Geopolíticas analizar cómo la “Guerra contra el Terror”, en tanto que imaginario geopolítico hegemónico, se plasma sobre las geografías y vidas cotidianas. Es la visión de un ojo antigeopolítico que incluye a los cuerpos y sujetos olvidados en el análisis de las relaciones de poder (O’Thuathail, 1996). Así, nuestras prácticas y representaciones geopolíticas se construyen, reproducen y proyectan en contextos espaciales cotidianos y sobre cuerpos e imaginarios racializados y sexualizados. Este marco nos lleva a identificar la “Guerra contra el Terror” en las formas en que la mujer musulmana es pensada en el marco de los procesos de otrificación en nuestro hogar, que operan como eje legitimador de una estrategia imperialista que se proyecta sobre los cuerpos en un doble plano geográfico: Allí, bombardeándolos bajo la bandera del humanitarismo y con una retórica universalista que apela a los “derechos de la mujer” y aquí, a través de la exclusión y criminalización de los otros (Sharp, 2005). En el presente artículo analizamos cómo la prohibición del velo o la criminalización del árabe son prácticas ligadas a la Guerra contra el Terror hacia dentro. Al mismo tiempo, estudiamos cómo el enfoque corporeizado permite a las geopolíticas cuestionar los ejes discursivos del orden hegemónico, poniendo en tela de juicio el concepto de seguridad y su relación con los cuerpos que importan en las geometrías del poder (Fluri, 2011; Cabezas, 2012; Hyndman, 2007).

Palabras clave: Geopolítica feminista, guerra contra el terror, cuerpos.

Abstract

In the last years, Feminist Geopolitics have revolutioned Geopolitical Studies introducing new analytical tools and approaches. Through an embodied approach, they analyze the connections between global and local processes, showing how those connections are allways embodied and located in a specific place (Cabezas, 2012). This look let Feminist Geopolitics analyze the ways in which the “War on Terror” is lived in everyday different geographies. It is the gaze of an anti-geopolitic eye, that include those bodies and subjects that are allways forgotten in the analysis of power relations (O’Thuathail, 1996). Our geopolitical practices and representations are built, reproduced and projected on specific everyday contexts and on racialized and sexualized bodies and imaginaries. This frame led us to identify the processes of otherness and the ways of thinking the muslim women as an essential part of the “War on Terror”, that operates as the axis of an imperialist strategy that is projected over bodies in a double place: There, bombing bodies with the pretexts of humanitarism and the defense of women’s rights; and Here, through the exclusion and criminalization of others (Sharp, 2005). In this article I analyze how the prohibition of the veil or the criminalization of the arab are examples of practices linked with the “War on Terror” in our homes. At the same time, I analyze how the embodied approach let us to question the discursive axis of the hegemonic order, critizing the concept of “security” and linking it with the bodies that matter in power geometries (Fluri, 2011; Cabezas, 2012; Hyndman, 2007).

Keywords: Feminist geopolitics, war on terror, bodies.

INTRODUCCIÓN

El objeto del presente trabajo se enmarca en el contexto geopolítico de la “Guerra contra el Terror” pero desde la perspectiva de los nuevos enfoques de la *Geopolítica Feminista*. Las aportaciones de ésta han contribuido en los últimos años a la renovación de la disciplina y han desarrollado herramientas que permiten un auténtico análisis geopolítico comprensivo de una realidad multiescalar. Por ello, considero importante iniciar este estudio haciendo alusión a ciertas nociones y conceptos básicos.

La llegada del s. XXI trae consigo importantes cambios en el discurso geopolítico. Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 fueron el detonante para la construcción del nuevo orden geopolítico que llega hasta nuestros días. La “Guerra contra el Terror” es el principio del fin de un breve lapso de tiempo en que se habló del triunfo de las geografías globales y la victoria definitiva del neoliberalismo. Con ella, volvieron los imaginarios binarios, las jerarquías civilizatorias y los discursos humanitarios.

A pesar de las continuidades del nuevo orden geopolítico en gestación, la “Guerra contra el Terror” aparece en un momento en que la Geopolítica como disciplina académica había experimentado importantes transformaciones. Hacía tiempo que había iniciado una andadura en solitario abandonando las ciencias del Estado, y antaño quedaba la época en la que las relaciones de poder eran comprendidas como atributo exclusivo del Estado. La geopolítica comienza a interpretarse como “práctica” y como “discurso” y a entenderse como un fenómeno multiescalar, como una serie de relaciones de poder que operan en todos los niveles de la vida social, como realidades conectadas y superpuestas.

La contribución de la *Geopolítica Feminista* a los estudios sobre la “Guerra contra el Terror” radica especialmente en que por primera vez propone un estudio de los conflictos geopolíticos desde la escala de las geografías cotidianas. La *Geopolítica Feminista* “baja” las relaciones globales de poder a la escala de los cuerpos, volviendo a “subir” al analizar cómo se construyen y reproducen los discursos hegemónicos globales desde las relaciones sociales cotidianas. Asimismo, se interesa por las formas en que se vive la “Guerra contra el Terror” en cada *lugar*. Así, descubre que las dinámicas geopolíticas están *corporeizadas* y que se proyectan sobre cuerpos racializados y sexualizados conforme a los imaginarios geopolíticos hegemónicos.

La resumida exposición teórica que inicia el presente trabajo comienza, por tanto, haciendo alusión a los cambios experimentados por la disciplina, previos a la eclosión de la geopolítica feminista, como precursores de una serie de herramientas analíticas de las que finalmente se servirá ésta. A continuación, definiré la “Guerra contra el Terror” en tanto que contexto espacio-temporal en el que se enmarca el presente trabajo. Haré un recorrido por algunas de las múltiples formas *corporeizadas* en que la “Guerra contra el Terror” ha sido estudiada por las *geopolíticas feministas* y, por último, finalizaré con dos ejemplos que ponen de manifiesto algunas formas en que la geopolítica *toma cuerpo* en nuestras rutinas.

GEOPOLÍTICAS: DEL ANÁLISIS DEL ESTADO A LA POLÍTICA DE LOS CUERPOS

Geopolíticas críticas y Feministas

Podríamos definir la Geopolítica como aquel ámbito de la Geografía Política que trata de explicar el funcionamiento de relaciones entre espacio y poder en referencia a un determinado orden global. Desde los años setenta, la Geopolítica ha ido resurgiendo en el campo de la ciencia social (Hepple, 1986: 171-188; Cairo, 2009) evolucionado desde una tradición clásica, basada en la interpretación de las relaciones espaciales externas de los Estados, a una renovación de la disciplina en dos corrientes: una continuista, estrechamente vinculada con las prácticas tradicionales de la “Geopolítica del poder” y las llamadas *Geopolíticas Críticas*, una visión radical y rupturista que engloba toda una serie de estudios que tratan de revertir algunos de los esquemas clásicos tradicionales de la disciplina (Cairo, 2009; Cairo, 1997: 66). Las *Geopolíticas Críticas* constituyen una disciplina no unificada, dentro de las que Cairo (2009; 1997: 49-72; 1993: 195-213) distingue:

- Una *geopolítica crítica en stricto sensu*, acuñada por O Tuathail (1988) y Dalby (1990a, 1990b), que introduce la idea de la Geopolítica como discurso concreto ligado a la práctica de los actores más poderosos. El análisis ha de centrarse en los usos políticos de las prácticas discursivas, en cómo se construye y usa el discurso (Dalby, 1990a: 40; Cairo, 2009).

- Las *Geopolíticas críticas* como una serie de líneas que han realizado estudios y propuestas empíricas y teóricas desde perspectivas críticas (entre las que destacan la de la economía política y el análisis de sistemas mundiales, la geografía del poder y la geografía política humanista). Los primeros entienden que las relaciones espaciales son producto de los procesos de la economía política. Los últimos enfoques van a inspirarse en las nuevas concepciones del poder como algo que circula y se ejerce con un carácter constitutivo de las relaciones sociales y espaciales (Foucault, 1978; Raffestin, 1980: 3 y ss.). Frente a los discursos universales y grandes interpretaciones se resalta la relevancia central de la identidad, la heterogeneidad y la diferencia como variables fundamentales a través de las cuales se canalizan las relaciones entre espacio y poder.

Todas estas *Geopolíticas Críticas* han renovado la disciplina, dando lugar a importantes cambios: subrayan la relevancia de analizar los modos cambiantes de producción y reproducción del espacio, añaden al estudio de las estructuras la acción del individuo o enfatizan el análisis sobre las prácticas y discursos de los Estados. Todo esto se suma en un esfuerzo de superar el reduccionismo clásico que limitaba las relaciones de poder a las existentes entre los Estados, propósito en el que ha sido fundamental el empleo de la herramienta analítica de la escala geográfica (Cairo, 1993: 209).

Es en la propia crítica a estas *nuevas geopolíticas* donde encuentra su nicho la *Geopolítica Feminista* (Oslender, 2006: 246). Ésta, a las aportaciones de las *geopolíticas críticas*, añade otras, como la mirada del “*ojo antigeopolítico*”¹, que pretende

1 Ver O Tuathail, G. (1996).

aludir a la necesidad de despojarnos de ciertos conceptos preestablecidos y formas, actores y discursos hegemónicos a la hora de estudiar las relaciones entre espacio y poder con una perspectiva de género. Esta mirada hace hincapié en la relevancia de emplear nuevas escalas de análisis espacial, que van desde las distintas realidades locales o las geografías urbanas hasta el propio cuerpo de las mujeres, para hallar nuevas formas sexualizadas de producción del espacio, como vía para hacer posible una *geopolítica feminista*, invisibilizada bajo la óptica de las escalas tradicionales. Se trata de una mirada revolucionaria que invierte la lógica geopolítica en la medida en que reivindica la necesidad de dejar de centrarse en los grandes fenómenos geopolíticos globales como escala privilegiada para embaucarse en la comprensión de cómo éstos se construyen y reproducen en las geografías cotidianas. Así, parece ser que las *Geopolíticas críticas* han ido abriendo la puerta a nuevas críticas que van a ir elaborando análisis transversales e interseccionales de la opresión. Al deslocalizar el énfasis de la geopolítica en el análisis de los poderosos se ha podido analizar cómo lo internacional está conectado a lo cotidiano y cómo las narrativas del poder de las relaciones internacionales se habían construido ocultando múltiples voces, como un discurso cerrado sobre el poder a partir de los intereses de los poderosos. Las *geopolíticas críticas* tardan en contemplar las dinámicas de género y olvidan el cuerpo. Las geopolíticas feministas subrayan la necesidad de incorporar a personas de carne y hueso a los paisajes y mapas de las relaciones de poder, tratando de desvelar las imaginaciones espaciales hegemónicas (Cabezas, 2012: 841-842; Gilmartin y Kofman, 2004: 122).

Discurso, práctica y representación

Como hemos señalado, la *geopolítica crítica* nace de la concepción de la geopolítica como un *discurso* concreto ligado a la *práctica* de los actores más poderosos (Dalby, 1990a: 28). Agnew y Cobridge (1995: 46) definen el discurso geopolítico como “la forma en que la geografía de la economía política ha sido “escrita y leída” en las prácticas de las políticas económicas y exteriores de los Estados a lo largo de diferentes periodos de orden geopolítico. “Escrita” alude a la forma en que esas *representaciones* geográficas son incorporadas en las *prácticas* de las élites políticas. “Leída” alude a las formas en que esas representaciones son comunicadas”. En su obra Lefebvre (1974) señalaba que el discurso geopolítico se fundamenta en la relación dialéctica entre las “representaciones del espacio” y las “prácticas espaciales”. Cairo y Pastor (2006: 13) afirman que en definitiva, los discursos geopolíticos son inseparables de y están constituidos por las representaciones geopolíticas y las prácticas geopolíticas. De esta manera, con los conceptos de práctica y representación, hacemos referencia a los componentes material y simbólico del discurso geopolítico. Se trata de elementos que están en un proceso de retroalimentación constante, operando como bases de la construcción y reproducción de un discurso hegemónico.

El discurso, las prácticas y las representaciones operan en todas y cada una de las escalas geográficas, que no están de ningún modo aisladas sino que han de comprenderse en todo momento como realidades conectadas. Esta conexión entre escalas geográficas ha sido especialmente remarcada

por la *Geopolítica feminista* poniendo de manifiesto varias cuestiones: 1) la plasmación en todas las escalas de un conglomerado de hegemonías a su vez conectadas y 2) la necesidad de combinar en el análisis geopolítico el estudio de todas ellas para dar lugar a un auténtica comprensión de políticas multiescales².

En el estudio de las relaciones espaciales, su configuración, y su plasmación en los discursos prácticas, y representaciones, las *geopolíticas críticas*³ han venido distinguiendo una tipología basada en tres perspectivas útiles para la comprensión de las formas de producción del razonamiento geopolítico:

- *Geopolítica formal*: Integrada por todas aquellas teorías, enfoques, visiones y doctrinas de comportamiento geopolítico producidas desde los medios académicos. Hay modelos clásicos y contemporáneos. La mayor parte de los modelos geopolíticos son desarrollados en el mundo occidental. Tratan de englobar la totalidad del funcionamiento del mundo y de las relaciones determinantes pretendiendo hacer una interpretación de un mundo que en realidad se pretende construir.

- *Geopolítica práctica*: Se refiere a las narrativas, discursos políticos y prácticas diplomáticas ejercidas por los líderes de Estado en el ejercicio y acción de la política exterior⁴.

- *Geopolítica popular*: Formas a través de las cuales los anteriores razonamientos geopolíticos se comunican a través de las expresiones de la cultura popular (prensa, novelas, producciones cinematográficas, caricaturas...). Los medios de comunicación de masas en general actúan como fuentes de comunicación de los imaginarios geopolíticos, asegurando su circulación y consumo (Dodds, 2001: 471).

Una vez establecidos los parámetros teóricos de la geopolítica feminista, se hace necesario examinar el discurso y práctica geopolítica de la Guerra contra el Terror y el papel que en ella juegan los cuerpos, desde la perspectiva de la *crítica feminista*.

LA GUERRA CONTRA EL TERROR

Guerra contra el Terror: Un nuevo enemigo a batir en múltiples escenarios

Hace ya unas décadas que el discurso geopolítico de nuestro tiempo viene asociado a la “Guerra contra el Terror”. Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 supusieron un punto de inflexión en la configuración del discurso y la práctica geopolítica mundial. A partir de este

2 A esto hacen alusión la genderización de las escalas espaciales (Cabezas, 2012: 841), las geometrías del poder (Massey, 2004), las geopolíticas de la movilidad (Hyndman y Staeheli, 2004) y las topografías de la globalización (Katz, 2001).

3 Ver Ó Tuathail (2006:9).

4 En relación a ésta Taylor y Flint (2002: 99-110) hablan de los “códigos geopolíticos”. Los códigos geopolíticos serían prácticas geopolíticas que ponen en marcha determinados gobiernos. Pueden ser de distinto orden: locales (propios de todos los Estados), regionales (sólo algunos Estados los tienen y hay códigos regionales más poderosos que otros) y globales (muy pocos Estados tienen capacidad para poner en marcha un diseño global, se trata de códigos globales hegemónicos que se convierten en la norma que casi todos los Estados y gobiernos respetan y tienen en cuenta a la hora de realizar sus códigos).

momento, nuestras formas de pensar e imaginar el mundo se vieron profundamente afectadas. La "Guerra contra el Terror" funciona como eje ordenador de las relaciones internacionales políticas y diplomáticas, que cómodamente divide el mundo entre el "bien" y el "mal" (Oslender, 2006: 242). Así, las *geopolíticas prácticas* han ido ajustándose a la "Guerra contra el terrorismo" como código geopolítico hegemónico de carácter global con Estados Unidos a la cabeza como principal precursor. Estas *geopolíticas prácticas* no son aisladas y van a tratar apoyarse en propuestas *formales* como la planteada por Huntington en "¿Choque de civilizaciones?" (1993), calando en los imaginarios geopolíticos colectivos a través de la labor comunicativa llevada a cabo por los diversos agentes que constituyen lo que hemos definido como *geopolítica popular*.

En el contexto de la "Guerra contra el Terror", los geopolíticos y los teóricos de las relaciones internacionales han venido hablando de la emergencia de nuevas guerras y violencias cada vez más alejadas de las tipologías y definiciones clásicas. Estas guerras se han ido definiendo a través de conceptos como el de "Guerra Asimétrica", en alusión a la diferencia de poderío entre las partes, y en consecuencia, la necesidad de buscar nuevos instrumentos para el desarrollo de una "guerra eficiente", lo que lleva frecuentemente a practicar una "guerra alternativa" (Cairo, Pastor, 2006: 59-62):

- La parte poderosa tiene base estatal o interestatal, y trata de que la guerra discurra en términos clásicos (Cairo y Pastor, 2006: 59-62).

- La contraparte carece de una base territorial real. Dada su impotencia en el terreno militar clásico, trata de obtener una victoria indirecta. Sus acciones no están asociadas a conceptos territoriales, persiguen muchas veces objetivos no militares (opinión pública, cohesión de las alianzas, económicos...) y emplean nuevas estrategias (dispersión de sus fuerzas diluyéndolas con la sociedad civil, instrumentalización de la reacción de los poderes agredidos en su propio beneficio, etc.) (Matas, 2003: 7 y ss.).

Estas cuestiones plantean importantes dilemas a la hora de diseñar esta nueva "Guerra contra el Terror": ¿Dónde librar las batallas? ¿Quién es y dónde está el enemigo? El supuesto enemigo está por todas partes e incluso opera dentro de "nuestros" territorios, como se pretendía demostrar con el descubrimiento de las células de Al Qaeda en suelo norteamericano. Así, la guerra adquiere un planteamiento completamente espacial: por un lado, el enemigo debe combatirse en "otros" países donde encuentra refugio y apoyo⁵. A este propósito ha servido la consagración de la "guerra preventiva" como nuevo principio rector de la política exterior y de defensa de los Estados Unidos desde la Administración G.W. Bush (geopolítica práctica). Una nueva "estrategia de seguridad" caracterizada por la posibilidad de usar la fuerza de forma preventiva, es decir, sin que medie agresión o haya datos de un ataque inminente (Aguirre y Bennis, 2003: 236)⁶.

Por otro, la coyuntura del "enemigo de dentro" requiere medidas drásticas para aumentar la seguridad interna. El espacio "nacional" es también escenario de la "Guerra contra el Terror", como se ha visto en numerosas legislaciones antiterroristas que han sido introducidas en EEUU (Patriot Act) y muchos países europeos (Oslender, 2006: 243).

Esto conduce a que la noción del peligro constante se convierta en el nuevo imaginario geopolítico del mundo en el s. XXI, en base al cual se justifican todo tipo de medidas de seguridad y control (Oslender, 2006: 243). Para Cairo y Pastor (2006: 11), la paradoja está en que las "operaciones de policía" ya no se desarrollan exclusivamente en el interior del Estado, a la vez que la guerra ya no se desarrolla sólo hacia el exterior del Estado. A modo de síntesis, las prácticas y discursos de la nueva "Guerra contra el Terror" van a basarse en la siguiente racionalidad (Sicherman, 2002: 219-220, Aguirre y Bennis, 2003: 239):

a) El enemigo principal de las democracias y la libertad es el terrorismo.

b) El terrorismo no tiene una base estatal, es internacional, pero en algunos casos está amparado por Estados del *Eje del Mal*, que le dan apoyo e infraestructura.

c) El terrorismo puede atacar en cualquier parte, tanto en el frente externo como dentro de nuestras sociedades, lo que obliga a tomar medidas contra los inmigrantes y, eventualmente, restringir libertades porque los terroristas usan el sistema democrático para destruirlo.

d) Los Estados deben elegir si están con EEUU en la lucha contra el terrorismo o adoptan una posición pasiva.

Guerra contra el terror y geopolítica feminista

La Geopolítica Feminista y la escala del cuerpo

El análisis que la *Geopolítica Feminista* va a realizar de la "Guerra contra el Terror" se enfoca desde su plasmación sobre las geografías y vidas cotidianas. La *Geopolítica feminista* viene insistiendo en que las conexiones entre los procesos globales y locales no son abstractas sino que están siempre corporeizadas y situadas en algún lugar concreto (Cabezas, 2012: 841). De este modo, reivindica que el cuerpo es también una escala espacial y por tanto un *lugar* donde se proyectan las representaciones y las prácticas geopolíticas. Además, es un espacio tanto de resistencia como de opresión (Massey, 1994). Este estudio "corporeizado" permite rescatar narraciones de los grupos marginalizados y subalternos como categoría válida e importante de análisis (Oslender, 2006: 246)⁷. Como ya hemos dicho, es una forma de comprender el universo geopolítico que nos aporta nuevas perspectivas y cuestiones desapercibidas para la óptica privilegiada del macro-nivel analítico. Se basa en una concepción *genderizada* y más amplia de las escalas espaciales como niveles mutuamente constitutivos de los distintos imaginarios espaciales hegemónicos. El auténtico análisis geopolítico, afirma la geopolítica feminista, ha de ser un análisis multiescalar, reivindicando la relevancia tanto

justa" (Caro Garzón, 2006: 399).

7 Esto es a lo que Haraway denominó "la perspectiva desde ninguna parte" en relación al concepto de "conocimiento situado" y referido al hecho de que todo conocimiento geográfico es situado: parte de un lugar y contexto específicos (1991: 191 y ss.).

5 Con esta lógica se justifican las acciones en Afganistán, la ocupación y el cambio de régimen en Irak, y otra larga serie de incursiones en las soberanías territoriales de diversos Estados de Oriente Medio.

6 Algunos autores han llegado a equiparar esta doctrina con la "vuelta al estado de naturaleza hobbesiano" (Held, 2003: 11) y otros con un replanteamiento del *ius ad bellum* y la doctrina medieval de de la "guerra

de la cotidianeidad como del cuerpo (Sharp, 2004: 87-98; Cabezas, 2012: 842).

El elemento corporal como condicionante de las prácticas y representaciones sociales y culturales ya había sido destacado por algunas teóricas feministas (McDowell, 1999: 59-107)⁸. Foucault⁹ habló del cuerpo como lugar de control social y vigilancia. Así, la Geopolítica feminista toma estas ideas del cuerpo como lugar y lo aplica al concepto de escala espacial, lo que renueva por completo la perspectiva del análisis geopolítico.

Corporeización de la Guerra contra el Terror

En consecuencia, la *Geopolítica Feminista* va a estudiar la "Guerra contra el Terror" desde la perspectiva del cuerpo como escala geográfica. Va a problematizar cuestiones relativas a cómo se experimenta, construye y reproduce este código geopolítico hegemónico en y desde la práctica cotidiana. De este modo, la *Geopolítica Feminista* contribuye a los estudios de la "Guerra contra el Terror" con numerosas aportaciones sobre la seguridad, los *cuerpos que importan*, la privatización y feminización del asilo, las consecuencias de la guerra sobre las distintas geografías urbanas y cotidianas, etc. (Fluri, 2011: 280-296; Cabezas, 2012: 841-845; Hyndman, 2003: 9-11; 2007: 35-46; Hyndman y Gilles, 2011: 361-379; Sharp, 2005: 29-35; Oslender, 2008; Tickner, 2002: 335-336; Kwan, 2002: 645-661)

Este ha sido el trabajo de J. Sharp, que analiza la evolución de los discursos y prácticas geopolíticas desde el final de la Guerra Fría, observando que la geopolítica binaria que la caracterizaba, lejos de desaparecer (como muchos sostuvieron, en aras de un proceso de "globalización" y "desterritorialización") se ha reformulado en la "Guerra contra el Terrorismo" sobre todo a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, alimentada por imaginarios geopolíticos como el descrito por Huntington en *Choque de Civilizaciones* (1993) y el diseño de estrategias y discursos territoriales ante la amenaza acechante del "Eje del Mal" (2005: 29-35).

Sharp sostiene que los cuerpos de las mujeres están intrínsecamente inscritos en las relaciones internacionales, aunque frecuentemente en niveles mundanos o cotidianos que son silenciados en el discurso político. Hace hincapié en cómo los procesos geográficos y las relaciones y prácticas geopolíticas globales se *corporeizan* en diversas escalas (Dowler y Sharp, 2001: 165-176). Esto permite reescribir las experiencias cotidianas de individuos como parte de sucesos geopolíticos más amplios, a través de la relación de la escala de las investigaciones globales y estatales con lo local. En este sentido, McDowell, señala que "queda claro que las divisiones espaciales (ya sea en el hogar, en el nivel de ciudad o el de Estado-nación) también se ven afectadas por y reflejadas en las prácticas corporeizadas y en las relaciones sociales vividas (1999: 35).

Siguiendo esta línea, señala cómo la seguridad nacional define los cuerpos de las mujeres como necesitados de protección, siempre desde una posición masculinista (Sharp, 2005: 37). Por otro lado, analiza cómo se han visto

afectadas las geografías cotidianas de los musulmanes en Occidente a partir de los acontecimientos del 11 de Septiembre: Mei-Po Kwan ha estudiado cómo las mujeres musulmanas en las ciudades de los Estados Unidos han tenido que cambiar su uso de la ciudad ante el miedo creciente de ser atacadas, de modo que sus geografías urbanas de los espacios seguros y peligrosos de la vida cotidiana han tenido que ser reconfiguradas (2002: 645-661). Además, pone de manifiesto cómo el imaginario geopolítico del enemigo apela a una retórica feminista, recreando en torno a cuestiones como el "velo" una imagen muy concreta de la "mujer del enemigo", que siempre aparece retratada como sumisa, oprimida o vejada (Sharp, 2005: 39 y ss.). Las invasiones en Oriente Medio se definen en términos humanitarios como intervenciones "feministas" (Sharp, 2005:41). Autoras como Hyndman (2003: 10) o Tickner (2002: 335-336) analizan las imágenes que difunden los medios: hombres celebrando en las calles de los EEUU el éxito inicial de las acciones militares en Afganistán, héroes nacionales, hombres en el marco de los acontecimientos del 11 de septiembre, etc.

Oslender también ha aplicado la escala corporal al análisis geopolítico de la "Guerra contra el Terror", lo que le ha llevado a hablar de "Geografías del terror", caracterizadas por la producción de paisajes del miedo, restricciones en las movilidades y prácticas espaciales rutinarias, transformación dramática del sentido del lugar, procesos de desterritorialización y reterritorialización, entre otros (2004: 35-52 y 2008).

Un análisis *corporeizado* de la "Guerra contra el Terror" ha sido el que ha llevado a Jennifer Hyndman a analizar el recuento de cuerpos en las Guerras de Afganistán (2001) e Irak (2005) criticando la masculinización de la militarización del Estado y el tratamiento desigual de las víctimas (2003: 9-11, 2007: 35-46). Mientras que existen estadísticas oficiales de algunas víctimas (generalmente "nuestras") siempre masculinizadas (militares), los datos y registros relativos a las muertes feminizadas (civiles) son inexistentes, con las implicaciones que este asunto tiene en relación a la memoria histórica y colectiva. En este punto cabe preguntarnos: ¿Quién cuenta? ¿Quién es contado? (Hyndman, 2007: 41). A través de políticas que tienen por objeto el recuento físico de los cuerpos, el sufrimiento y la lucha de las mujeres en estos conflictos permanece silenciado e invisibilizado. Mientras que unos computan como víctimas de un conflicto político, las mujeres mueren en masa de forma completamente anónima (Hyndman, 2007: 41-42).

Guerra contra el terror, cuerpos y política de (in)seguridad: ¿La seguridad de quién?

El *enemigo* ya no se define en la escala del Estado-Nación sino en y desde la del propio cuerpo. El discurso hegemónico global baja y se corporeiza en el otro racializado y sexualizado, dando lugar a prácticas que tanto allí como aquí reconstruyen y reproducen a nivel cotidiano un imaginario global. El mismo discurso de la "seguridad" construye *aquí* muros y alambradas y *allí* bombardea cuerpos clasificados según un imaginario global que apela al humanitarismo. Así, se plantea: ¿La seguridad de quién y para quién? (Fluri, 2011: 281; Hyndman y De Alwis, 2004: 535).

Jennifer L. Fluri pone de manifiesto la maleabilidad de un concepto que parece situarse en el centro de la práctica

8 Ver Smith (1993: 102 y ss.), Butler (1993), Young (1990) O Mandoki (2003: 247-269).

9 Ver Foucault (1994), "Vigilar y Castigar".

y el discurso de la “Guerra contra el Terror”: la *(in)seguridad* (2011: 280-296). El s. XXI comienza con una escalada de violencia en el que la seguridad se convierte en una práctica espacial que da lugar a un progresivo incremento de la militarización de las vidas cotidianas y la multiplicación de las espacialidades asociadas a la violencia política. Sin embargo, las experiencias cotidianas de la seguridad son muy dispares; su forma y significados en zonas de conflicto está corporeizada: los cuerpos son la escala más inmediata y tangible sobre la que operan políticas de seguridad, y lo hacen sobre la concepción de los mismos como *lugares* marcados por una concreta identidad racial y de género.

Estudiando la situación en Afganistán, detalla cómo un análisis *corporeizado* de las situaciones de seguridad e inseguridad nos conduce a plantear importantes contradicciones. Si atendemos al discurso, vemos como la retórica legitimadora de la invasión apela constantemente a la necesidad de “salvar a las mujeres” frente a la violencia del *otro islámico* (Bunch, 2004: 80). Sin embargo, la invasión ha reemplazado las inseguridades económicas y de género asociadas al régimen talibán por una escalada del conflicto político que no hace más que reforzar esas violencias y fronteras preexistentes y acentuarlas a través de una omnipresente “ayuda al desarrollo” militarizada y privatizada que cada vez dificulta más la misión de salir de los espacios de violencia política para las poblaciones civiles. Esta reconfiguración de la seguridad modifica las geografías urbanas como consecuencia de sus efectos sobre los propios cuerpos: para muchos civiles afganos, la proximidad a ciertas estructuras o lugares o a determinados cuerpos implica situarse en la línea de fuego. El cuerpo se convierte en el referente básico de la *in/seguridad*. Mientras que el atuendo militar proporciona seguridad a los cuerpos militares, lleva implícito un mensaje de inseguridad o distancia para los afganos. Esta escala genderizada y corporeizada del conflicto lleva a Fluri a analizar cómo el Burka (símbolo por excelencia de la violencia encarnada por el *enemigo*) se ha convertido en un atributo de seguridad para muchas mujeres afganas en la medida en que pasa a ser identificativo del cuerpo de mujer como civil no combatiente (Fluri, 2011: 286). A través de este análisis *corporeizado* de los escenarios de conflicto de la “Guerra contra el Terror” Fluri logra desmontar y cuestionar los imaginarios geopolíticos hegemónicos relativos a la seguridad, remarcando la contingencia del lugar en la construcción de significados. En la visión *corporeizada*, chocan en un mismo escenario “seguridad” y “violencia”.

Geopolítica, migraciones y sexualidad

Otro de los ámbitos en los que se pone de manifiesto la concepción del cuerpo como contenedor de discursos y prácticas geopolíticas es en materia migratoria. Las “nuevas guerras” y las “geografías del terror” han dado lugar a importantes movimientos de población precipitando transformaciones fundamentales en el ámbito de las migraciones. Junto a la figura del o la migrante, cuya movilidad venía impulsada por una serie de expectativas de mejora de su condición socioeconómica (IOM, 2004: 40), aparece la o el refugiado como quien se ve obligado a abandonar su hogar para preservar su vida o integridad frente a ciertas situaciones de violencia estructural (Castles, 2006: 11-12).

Además, la interacción de las migraciones con las retóricas de la seguridad y el discurso geopolítico de la “Guerra contra el Terror” ha condicionado una racialización y sexualización de los cuerpos (DasGupta, 2014, Oslender 2006: 244). El o la migrante se convierte en “*el otro*” en nuestro hogar, un “*otro*” racializado y sexualizado que inmediatamente enciende la alerta del peligro. El miedo se deja movilizar no sólo para implementar políticas y legislaciones represivas, sino también para crear una visión del mundo que impacta profundamente en nuestras vidas cotidianas. Una visión *corporeizada* que se siente en el propio cuerpo. Una visión que distingue y divide cuerpos nacionales, regionales, culturales e individuales. La estigmatización del cuerpo árabe como terrorista es tal vez la expresión más fuerte de este desarrollo. Por el simple hecho de tener apariencia física de “árabe”, mucha gente se ve hoy en día expuesta a miradas de desconfianza, celos, y odio. En Escocia, donde ha habido una convivencia relativamente pacífica entre culturas distintas, se ha informado de agresiones verbales y físicas contra personas de tez oscura, mujeres musulmanas han llegado a evitar andar por las calles a no ser que fuera necesario, pues sienten cómo su presencia en el espacio público es cuestionada por miradas desafiantes y agresivas; evitan espacios urbanos, antes frecuentados por ellas, para no provocar reacciones violentas en su contra (Oslender, 2006: 244; Kwan, 2002: 645-661).

La retórica de la seguridad, el imaginario geopolítico del enemigo y el enorme crecimiento cuantitativo de los procesos migratorios han sido los ejes de las políticas migratorias, de asilo y de inmigración de los países del Norte en los últimos años, basadas en la exclusión, la securitización, la inmovilidad y la externalización. Ya Doreen Massey hablaba de la politización y racialización de las políticas de migración, cada vez más orientadas a la construcción de barreras de inclusión y exclusión (1995: 25-27). Esta situación se acentúa a partir de la “Guerra contra el terror”, dando lugar a procesos de “securitización” de las migraciones que van a girar en torno a la idea de la migración como vector esencial de la inseguridad en los países del Norte (Hyndman, 2012: 246). La política migratoria se va a proyectar en dos direcciones: hacia afuera (restricción de la movilidad, externalización del asilo) y hacia adentro (sistemas y procedimientos de control racializados y sexualizados, discriminación politizada de la diferencia, etc.). Estas nuevas políticas van a integrar elementos de distinta índole que combinan legislación, políticas de Estado y nuevas prácticas de frontera (deportaciones, controles rigurosos basados en el sesgo racial, etc.). El discurso del miedo impregna todas las escalas dando lugar a una serie de prácticas restrictivas de la movilidad: controles de inmigración enormemente estrictos, restricciones en los procesos de concesión de visados, exclusión de todos aquellos percibidos como amenazas, etc. (Mountz, 2010; Hyndman, 2012: 246-247).

Así, vemos cómo el marco de la Globalización, lejos de facilitar la movilidad, ha favorecido procesos de integración y alianzas políticas y económicas que han permitido una expansión de la capacidad de los Estados para monitorizar y controlar a los cruzadores de fronteras (Hyndman, 2012: 245).

Las políticas de asilo van a sufrir un proceso de *externalización*, orientándose a asistir a las personas desplazadas en sus “hogares” evitando el cruce de

fronteras. Esta situación ha dado lugar a una *feminización e infantilización del asilo*, puesto que las políticas de inmovilidad encuentran su mayor éxito en relación a las mujeres, al tiempo que desarrollan una mayor dependencia de la ayuda humanitaria (Hyndman y Gilles, 2011: 361-379; Nolin, 2006, Al Ali, Black y Koser, 2001: 578-600, Sherrell y Hyndman, 2006: 76-96). Las ONGs son actores esenciales en la construcción y mantenimiento de las identidades de los refugiados y migrantes en la medida en que sus estrategias de intervención están racializadas y sexualizadas y reifican la construcción social de la diferencia (szczepanikova, 2005: 281-298).

En el contexto específico de la islamofobia revitalizada a raíz de “la Guerra contra el Terror” se habla de “*gendered islamophobia*” aludiendo a que las feministas musulmanas y las activistas deben comprometerse con una doble opresión que ha revitalizado los estereotipos orientalistas y las representaciones de las mujeres musulmanas como atrasadas, oprimidas, políticamente menores de edad y que buscan imperiosamente la liberación y el ser rescatadas a través de las intervenciones imperialistas. Se trata de una imagen que oculta las múltiples formas de agresión y violencia que sufrimos las mujeres del Norte (Handman, 2007; Zine, 2006).

Así, vemos cómo la “geopolitización” de los cuerpos tiene especiales repercusiones en el ámbito de las migraciones: tanto para las que están atrapadas fuera (presas de estas políticas de la inmovilidad) como para las que logran cruzar y son objeto de distintas formas de violencia cotidiana.

EJEMPLOS DE CORPOREIZACIÓN DEL DISCURSO Y LAS PRÁCTICAS GEOPOLÍTICAS

Una vez establecido el marco teórico que ampara el presente estudio, el objetivo de este último apartado es aludir a dos ejemplos cotidianos de *corporeización* de los discursos y prácticas geopolíticas asociados a la “Guerra contra el Terror”. Con ello, no sólo se pretende poner de manifiesto la relevancia espacial de la escala corporal como instrumento de análisis sino también el componente sexual y racial que acompaña a dichos discursos y prácticas.

El enemigo tiene cuerpo de mujer: La cuestión del velo. Referencia a la exclusión en la escuela pública

Si revisásemos nuestros imaginarios relativos a “lo musulmán”, probablemente nos daríamos cuenta de que en gran parte de las ocasiones “el otro” tiene cuerpo de mujer. Esto es así porque el velo se ha convertido en el símbolo por excelencia de la presencia islámica en la sociedad, pasando las mujeres a ocupar un papel esencial en la revitalización y recreación de la islamofobia occidental. Por ello, el estudio del tratamiento que recibe esta cuestión en el interior de la serie de Estados incursos en la “lucha contra el terror” resulta de especial interés si lo que queremos es observar cómo los discursos geopolíticos toman *cuerpo* en prácticas e imágenes cotidianas que a diario pasamos desapercibidas. Es precisamente en la imagen de las mujeres y las jóvenes con pañuelo donde se concentran buena parte de los fenómenos islamófobos, dando lugar a una fuerte correlación positiva entre el uso del pañuelo y los procesos de exclusión social

(Mijares y Ramírez, 2008: 128).

La cuestión relativa al velo o *hiyab* y la regulación de su utilización en los espacios públicos ha sido una de las manifestaciones más frecuentes de *corporeización* institucional de la islamofobia en un gran número de Estados europeos. La institucionalización de la discriminación ejercida contra la población musulmana en los países occidentales no puede entenderse sin aludir al contexto global (Hamdam, 2007).

Cuando de lo que se trata es de discutir la posición y el estatuto de las mujeres musulmanas en el seno de las sociedades occidentales, el pañuelo actúa como el referente básico. Se recurre con frecuencia al argumento de la “defensa de los derechos fundamentales”, puesto que para el discurso islamófobo el velo funciona como el símbolo evidente de la discriminación y subordinación que las mujeres musulmanas sufren. Además, se convierte en el símbolo tangible de la existencia de un Islam fundamentalista que pone en peligro la integridad y tolerancia de las sociedades occidentales (Mijares y Ramírez, 2008: 128). Esta visión se deriva de una construcción concreta del pañuelo como contraria a los principios de igualdad entre hombres y mujeres. Esta construcción cuenta con precedentes históricos: durante la primera mitad del s. XX el pañuelo se identifica con el atraso y la situación subordinada de las mujeres. En este momento servía para justificar la colonización y misión civilizatoria en muchos países árabes (Ahmed 2005: 153-171). Ahora sirve para justificar toda la serie de incursiones emprendidas en el marco de la “Guerra contra el Terror”: En 2001, Laura Bush en 2001 legitimaba así la invasión de Afganistán por Estados Unidos: “la cuestión era salvar a las mujeres” (Abu- Lughod, 2002: 783-790). Esta cuestión también ha sido examinada por Jennifer L. Fluri, que narra cómo la Administración Bush invocaba la violencia de género para demonizar al *otro islámico* y justificar una mayor militarización (Fluri, 2011: 282; Bunch, 2004: 80). Esta autora denuncia la construcción de un imaginario sexista y politizado en torno al velo que en ningún momento tiene en consideración el significado que tiene para *ellas*. Analiza cómo en territorios de conflicto como Afganistán, paradójicamente el burka o *chadori* se convierte en un elemento fundamental para la seguridad de las mujeres (frente a los militares las identifica como “mujeres civiles no combatientes” y frente a los propios afganos refleja la pertenencia a una determinada comunidad familiar) (Fluri, 2011: 286).

Además de servir como pretexto legitimador de las invasiones de un gran número de países de la geografía musulmana, en el plano interno de la gran mayoría de Estados se han ido aprobando regulaciones jurídicas respecto a la inmigración musulmana. Las migraciones procedentes del mundo musulmán se han convertido en un campo de preocupación de los procesos de control y gobierno en las sociedades europeas contemporáneas, definiéndose como un “problema social”. De la necesidad de gestión de estos grupos poblacionales emergen leyes, reglamentos, discursos, planes de actuación y procesos de intervención cuyo efecto principal es la reproducción y solidificación de las relaciones de poder presentes en las sociedades de instalación. Un ejemplo paradigmático es el de Francia, en donde la Ley Stasi prohíbe el pañuelo islámico en las escuelas públicas en un claro ejemplo de violencia simbólica basada en un sexismo

racializado, cuya intención es reforzar la construcción de la musulmana como incompatible con la sociedad francesa y sus valores (Mijares y Ramírez, 2008: 129).

La utilización institucional del velo como medida de exclusión en el ámbito educativo no ha sido exclusiva de la “política laicista” del Estado francés, sino que se ha convertido en una práctica reiterada en muchos países de Europa. Además de Francia, también Bélgica lo prohíbe a nivel nacional y otros Estados como España o Italia lo prohíben a nivel local. En España, existe un vacío legal que remite la regulación de esta cuestión a las normas internas propias de cada centro educativo (Llorent Bedmar, 2013: 56-70). En la actualidad, casi la mitad de colegios e institutos de Madrid prohíben el uso del velo islámico¹⁰. El primer caso de expulsión de una chica musulmana de un colegio en Madrid data de 2002¹¹. A partir de ahí, los casos se han disparado, privando del derecho (y hasta el momento deber) fundamental de escolarización obligatoria a varias chicas por el hecho de “vestir de musulmanas”. Llama especialmente la atención que sea a partir de 2001 cuando empieza a aflorar toda esta polémica.

La prohibición del velo en los colegios, en tanto que espacios básicos de socialización, se convierte así en un instrumento muy eficiente para reproducir los estereotipos contruidos en torno al Islam y lo musulmán, alentando el rechazo y la exclusión desde las edades más tempranas. El velo es así utilizado contra el Islam y contra las mujeres, que ven cómo su cuerpo es objeto de regulación jurídica, dentro y fuera de sus países de origen en nombre de determinados valores estrechamente vinculados a un contexto que está enmarcado en un orden geopolítico muy concreto. En definitiva, el velo se convierte en un medio de control de la movilidad espacial y de la sexualidad. Para la sociedad en general, es la imagen más ajustada de los musulmanes, pasando a ser una suerte de concentrado de los estereotipos más comunes sobre el Islam y los musulmanes (Mijares y Ramírez, 2008: 132-133). El cuerpo de las mujeres se representa de nuevo como vulnerable, volátil, ajeno y manipulable y se utiliza en consecuencia, convirtiéndose en el blanco de prácticas de injerencia y exclusión bajo el lema clásico del humanitarismo occidental. La discriminación y exclusión de las niñas con velo y otros atuendos asociados a “lo musulmán” en las escuelas es sólo un ejemplo más de cómo el cuerpo de la mujer se convierte en un escenario material de violencia política y de identificación del enemigo.

El caso de las escuelas no es aislado. Organizaciones como Amnistía Internacional han manifestado su preocupación por la restricción del uso del velo islámico en los lugares públicos en el Estado español así como por la discriminación a la que se ven sometidas las mujeres musulmanas¹². Por ejemplo, en 2010 el municipio de Lleida aprobó una reforma de la Ordenanza Municipal de Civismo y Convivencia que prohibía el uso del velo en cualquier edificio o instalación pública para “proteger el orden público y los derechos de las mujeres”.

10 <http://20minutos.es/noticia/683808/0/colegios/prohiben/velo>.

11 http://elpais.com/diario/2007/10/07/sociedad/1191708001_850215.html.

12 <https://es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/preocupación-por-las-restricciones-al-uso-del-pañuelo-islámico-en-centros-escolares/>.

Estrechamente relacionada con esta cuestión estaría la polémica levantada el pasado verano en torno al “burkini”, a raíz de su prohibición primero en un parque acuático de Marsella, seguida por el veto de su uso en las playas con la imposición de grandes multas por parte de varios ayuntamientos de la Costa Azul. Estas medidas fueron acompañadas de un amplio repertorio de declaraciones de los alcaldes y ministros franceses agitando el caldo de cultivo islamófobo, llegando a comparar a las bañistas con las terroristas¹³. La veintena de ayuntamientos franceses que legislaron vetando el *burkini* justificaron la prohibición porque “la prenda supone una manifestación ostensiva de adhesión a una religión en un momento en que Francia y los lugares de culto sufren atentados terroristas”. Específicamente, el alcalde de Cannes, David Lisnard, aseveró que prohibía esta prenda en particular y no crucifijos y kipá por “ser un símbolo del extremismo islamista”¹⁴. Ante esta situación, se emprendió una cacería intensiva en forma de despliegues policiales que se cebaron con los cuerpos de las musulmanas en las playas del Sur de Francia, añadiendo a los medios de represión ordinarios (multas) nuevos métodos como el de apuntar a la cara a una mujer que llevaba a sus hijos a la playa de Cannes con un bote de gas pimienta¹⁵.

Todos estos ejemplos ponen de manifiesto cómo el cuerpo de la mujer musulmana aparece instrumentalizado y atacado políticamente, pasando a ser un espacio más de reproducción de un conglomerado específico de representaciones y prácticas geopolíticas. Así, la construcción del “otro” aparece racializada y sexualizada en torno a los cuerpos de estas mujeres, que se presentan como incompatibles con la vida pública (Mijares y Ramírez, 2008: 129). La mujer se convierte en el eje de los procesos de alteridad implicados en la construcción de un orden binario en el que aparece completamente victimizada, una visión que se ve reforzada al representarse como sujeto carente de autonomía y necesitada de una protección legal frente a las “imposiciones y normas machistas del enemigo”. Esta imagen de sometimiento es la que permite afirmar la libertad de las otras: *nosotras*. Una musulmana “sumisa” y “atrasada” que se construye frente a la mujer “libre” y “emancipada”.

En este contexto, el velo pasa a ser el símbolo de la discriminación por excelencia, utilizándose para la materialización de la islamofobia institucional sobre el cuerpo de la mujer que lo porta. La prohibición pública institucional del velo revela cómo todas estas prácticas se sirven del cuerpo de la mujer con objeto de retroalimentar el proceso de exclusión, construcción y reproducción de todo un imaginario geopolítico en torno a lo musulmán.

Criminalización y estigmatización del árabe. Los sucesos de colonia (2015) como escenario de corporeización sexual y racial de lo geopolítico

Las formas en que se materializa la corporeización del universo geopolítico son múltiples. Un ejemplo diferente

13 www.elperiodico.com/es/noticias/sociedad/diez-mujeres-musulmanas-opinan-sobre-prohibicion-burkini-5334353.

14 www.elpais.com/elpais/2016/08/22/opinion/1471879024_062930.html.

15 www.elmundo.es/sociedad/2016/08/24/57bd9913468aebf5648b45af.html.

al anterior demostrará una de ellas: cómo las prácticas y discursos geopolíticos *toman cuerpo* en supuestos de criminalización de determinados sujetos por su condición racial y sexual. Se trata de otro escenario cotidiano en que la politización de las representaciones y comportamientos sociales se materializa sobre cuerpos específicos, como contenedores de identidades aparentes en torno a las cuales existen construcciones específicas, lo que vienen siendo aparatos *somatográficos* (Preciado, 2011). La identificación del “terrorista” con el “árabe” (alentada constantemente por la geopolítica popular) se ha ido reforzando en los imaginarios occidentales relativos a la seguridad, convirtiéndolo en uno de los principales perfiles de alarma social y policial. Al “árabe” (como a otros cuerpos racializados) se le atribuyen otra serie de etiquetas (machista, criminal, delincuente...) que construyen y reconstruyen un imaginario colectivo que opera en la producción y reproducción de un orden social basado en la exclusión y represión a nivel social e institucional de sujetos racializados y sexuados¹⁶.

Esta estrecha conexión entre el contexto geopolítico y los imaginarios colectivos sobre la seguridad llevaron en Colonia (Alemania) a la acusación pública, generalizada y sostenida dirigida hacia “los refugiados” sobre una serie de abusos sexuales masivos que tuvieron lugar en la Nochevieja de 2015. Acusación que se produce en el contexto de una crisis de refugiados que buscan asilo en Europa ante la guerra civil en Siria, y que se lanza desde todas las instancias (autoridades políticas de los diferentes niveles de gobierno, fuerzas de seguridad, grupos de presión, opinión pública, medios de comunicación de masas occidentales, partidos políticos, movimientos sociales, etc.).

Ante la escasez de material académico referido a este acontecimiento en particular, seguiremos la geopolítica popular, lo que nos permitirá al mismo tiempo evaluar la cuestión esencial del papel de los medios de comunicación en el marco de la “Guerra contra el Terror”. Vemos en estos acontecimientos una criminalización del refugiado que se materializa en una serie de prácticas represivas y de discursos marcados por fuertes connotaciones sexuales y raciales. El hecho de que fuesen mujeres nativas las agredidas sexualmente, condujo automáticamente a la racialización de los agresores y a la politización de los ataques: el problema era que Alemania se estaba viendo asolada por “miles de refugiados” procedentes del mundo árabe, donde imaginamos este tipo de agresiones sexuales a diario. Algo que choca con una realidad en la que una de cada tres mujeres europeas sufre violencia de género¹⁷.

Todos señalaron a los refugiados: las autoridades de la ciudad, el Sindicato de la Policía (GdP)¹⁸, el Gobierno (Angela Merkel declaró que los acontecimientos no eran aislados y podían ser el reflejo de un patrón común de comportamiento de desprecio total a la mujer)¹⁹. La

politización de los acontecimientos se tradujo en nuevas prácticas antimigratorias, los principales partidos políticos (CDU, CSU y SPD) se pusieron de acuerdo en la necesidad de adoptar medidas orientadas a agilizar las expulsiones de inmigrantes. Junto a la geopolítica práctica, la popular se encargó de la ardua tarea de hacer cundir el pánico por todos los rincones de la geografía occidental, jugando un papel esencial en la politización de los ataques y en apretar la alarma geopolítica de la opinión pública²⁰.

Entre la sociedad alemana y las del entorno se extendieron argumentos como que los eventos de Nochevieja en Colonia son “frecuentes en sus países de origen” o que los refugiados venían a Europa a “violar y robar a *nuestras mujeres*”. Los testigos afirmaban unánimemente que los agresores tenían “apariencia árabe o Norteafricana”, al tiempo que otros hablaban de “subsaharianos” o “mediterráneos”²¹ (todo un repertorio de gentilicios para señalar que venían de fuera y que eran musulmanes). Estos procesos han alimentado movimientos xenófobos que se han venido manifestando en contra de los refugiados y coordinando acciones violentas bajo lemas como el de “*rapefugees not welcome*”, que ha formado parte de la oratoria de grupos políticos que tratan de sacar de lo acontecido el máximo rédito político: Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (Pegida), movimientos populistas como Alternativa para Alemania (Afd), etc.

Podemos observar cómo este enfoque tiene como base un argumentario sexualizado y racializado. Algo que se refleja también en aspectos como la victimización del cuerpo de la mujer y su representación como nativa y vulnerable, hasta el punto de que la alcaldesa de Colonia, Henriette Reker, insistió en que en los días sucesivos las mujeres alemanas debían seguir una serie de pautas de comportamiento, declarando a continuación de los ataques que “las mujeres deben mantener una distancia de seguridad de la longitud de un brazo con los desconocidos para evitar episodios similares y no acercarse a personas extrañas o con quienes no se tiene una relación de confianza”²². Un argumento nada nuevo si echamos un vistazo al repertorio clásico de la oratoria patriarcal, que parte de una cultura de la violación que culpabiliza a las víctimas.

A pesar del pánico desatado, en informaciones posteriores se constata que el número de refugiados entre los detenidos por los abusos no llega al 5%²³. Sin embargo, éstos ya habían sido crucificados como culpables por la opinión pública y las consecuencias de ello eran ya difícilmente reparables.

Este ejemplo nos incita también a reflexionar sobre

quien-culpar-de-las-agresiones-sexuales-de-nochevieja_1131622/.

20 Diarios como el *Welt am Sonntag*, *Spiegel online* o el famoso *Bild* (www.larazon.es/internacional/refugiados-inexpertos-vigilan-colonia-la-nochevieja-de-los-abusos-sexuales-y-robos-masivos-BG14213112).

21 www.huffingtonpost.es/2016/01/08/claves-violaciones-alemania_n_8937382.html.

22 www.lavanguardia.com/internacional/20160106/301227643274/colonia-ano-nuevo-robos-abusos-mujeres.html y www.elconfidencial.com/mundo/2016-01-07/alemania-no-sabe-a-quien-culpar-de-las-agresiones-sexuales-de-nochevieja_1131622/.

23 www.independent.co.uk/news/world/europe/cologne-only-three-out-of-58-men-arrested-in-connection-with-mass-sex-attack-on-new-years-eve-are-a6874201.html y www.eldiario.es/desalambre/Colonia-refugiados-Alemania-agresiones_sexuales_0_484701883.html.

16 Esta cuestión ha sido abordada en el documental “Rastros de Dixan” (González y Díes), con motivo de un montaje policial islamófobo en Barcelona tras los acontecimientos del 11 de Marzo de 2004.

17 Datos obtenidos por la Agencia de Derechos Fundamentales de la UE (FRA). www.publico.es/actualidad/tercio-mujeres-europeas-sufre-violencia.html.

18 www.elperiodico.com/es/noticias/internacional/policia-colonia-asegura-que-hubo-refugiados-entre-los-agresores-4800494.

19 www.elconfidencial.com/mundo/2016-01-07/alemania-no-sabe-a

el papel que desempeñan las formas de geopolítica popular en todos y cada uno de los frentes de esta "Guerra contra el Terror". Pascual Serrano (2009: 52 y ss.) ha denunciado cómo los medios de comunicación occidentales se han unido en el enfoque de sus noticias, en la terminología utilizada y en el mal uso de los antecedentes y los contextos necesarios, a la siembra de un estado de opinión en Occidente que criminaliza, sin diferencia, a todo el Islam y sus seguidores. Sostiene que además de satanizar al rebelde, fomentar el odio y legitimar las guerras, los medios deben colaborar en que los ciudadanos se sientan inseguros y en peligro. Hay que despertar en el individuo la necesidad de sentirse protegido mediante cuerpos y métodos que operan con la violencia. Igual, es relevante observar qué grupos sociales son mostrados como víctimas en los medios de comunicación, incrementando el temor y la desconfianza de estos grupos, que se sienten más vulnerables aumentando la dependencia fundamentalmente de las mujeres y las minorías (Serrano, 2009:109).

En nuestro caso la victimización de la mujer nativa es clara, difundándose en los medios todo un repertorio de protocolos de actuación de marcado carácter sexista promovidos directamente desde las autoridades públicas. De esta forma, los medios recurren a estrategias de comunicación para incrementar constantemente la sensación de dependencia de los cuerpos de seguridad (Serrano, 2009: 110).

Todas estas estrategias se insertan en lo que antes definíamos como *geopolítica popular*, en alusión a todas las formas de difusión y comunicación de los códigos geopolíticos hegemónicos.

Reflexiones sobre los ejemplos estudiados

Sumado a lo expuesto con anterioridad, el interés de los ejemplos radica en la observación de algunas cuestiones:

- La construcción del enemigo es el engranaje de un fenómeno multiescalar. Los imaginarios globales se traducen en prácticas sobre los cuerpos que a su vez son el combustible de estos imaginarios. El discurso *entra y sale, sube y baja* en y desde la práctica sobre los cuerpos. La dicotomía *nosotras/ellas, libres/sumisas* y la necesidad de *salvar y proteger a las mujeres* es la que conduce a los bombardeos ("intervenciones") *allí* y a las prohibiciones *aquí*. *Nosotros* luchamos por la libertad y salvamos al mundo del terrorismo y *ellos* nos matan.

- Nos encontramos ante un supuesto de recreación colectiva del enemigo. El velo opera como base para la construcción de las *otras, sumisas* en contraposición a *nosotras, mujeres libres*. Los otros ejemplos ponen de manifiesto cómo la figura del árabe aparece asociada con el crimen organizado, que en este supuesto se ve acentuado por el carácter sexual de los delitos.

- El cuerpo de la mujer se convierte en objeto de regulación normativa por parte de un conglomerado de normas que dictan cómo ha de vestir y actuar, lo que está prohibido y lo que no, precauciones y normas basadas en su condición, etc.

- El eje de la cuestión se encuentra en la dicotomía binaria del "nosotros" frente al "ellos": Los "refugiados/inmigrantes" como delincuentes frente a "nuestras mujeres"

como víctimas. La musulmana como símbolo del dominio patriarcal frente a la "mujer emancipada".

- Nos encontramos ante prácticas cotidianas que expresan un contexto geopolítico determinado: De modo más general, la "guerra contra el terror" y la *seguritización* de las migraciones; a lo que cabe añadir: crisis de refugiados, política migratoria como problema político clave en la Unión Europea, cuestionamiento de la "política alemana de puertas abiertas", auge de la derecha, "guerra contra el ISIS", etc.

- El componente sexualizado de las prácticas y los discursos. En estos acontecimientos se plasma cómo una serie de delitos de violencia sexual se atribuyen automáticamente a sujetos racializados en consonancia con imaginarios que naturalizan el terrorismo contra la mujer como elemento definitorio innato del hombre árabe o musulmán.

- Instrumentalización de los acontecimientos y utilización con fines políticos. Lo ocurrido ha trascendido a toda la política occidental precisamente por el uso político que los diferentes actores han hecho de los acontecimientos, algo que se explica en base a la relevancia en ellos del componente geopolítico y de su dimensión internacional.

CONCLUSIONES

La llegada del s. XXI ha supuesto un punto de inflexión en la configuración del orden geopolítico posterior a la Guerra Fría. Los festejos en pro de las geografías globales, la eliminación de los muros y los supuestos universalizadores apenas duraron una década cuando en septiembre de 2001 caían las torres gemelas en Nueva York y con ellas todo un discurso optimista que había venido anunciando el triunfo definitivo de los Estados Unidos. Así, poco tiempo después del final de la Guerra Fría vemos una especie de reformulación del código de la contención norteamericano, materializado en el nuevo concepto de "guerras preventivas" frente a la gran "amenaza islámica". La labor de Estados Unidos en la garantía de la seguridad occidental y la salvaguarda del "mundo libre" va a estructurar un nuevo código geopolítico global orientado a tratar de preservar su hegemonía ante el nuevo escenario internacional.

A partir de este momento, la "Guerra contra el Terror" se convirtió en el grito de guerra y pretexto de todas las invasiones e incursiones de las soberanías territoriales en Oriente Medio comandadas por Occidente (Barbé, 2007: 335-337; Oslender, 2006: 242; Aguirre y Bennis, 2003: 239). La defensa de los derechos y libertades había encontrado otro nuevo enemigo común al que señalar. El imaginario geográfico se volvió a partir en dos, regresaron los idearios binarios y los procesos de alteridad en los que "nuestra cultura y nuestra civilización" se definía frente a su atrasada barbarie. La "Guerra contra el Terror" fue ganando adeptos a través de prácticas y discursos antiterroristas y la extensión generalizada y paranoica del dilema colectivo de la inseguridad, al tiempo que los intereses geopolíticos y geoeconómicos occidentales se convertían en el telón de fondo de una nueva empresa de guerra que no había hecho más que empezar. En un momento en que el odio dentro de nuestras cabezas se disfrazaba con velo y turbante, habíamos puesto fin a todo ritual funerario del ya enterrado viejo enemigo comunista.

La irrupción del terrorismo en la geopolítica global y

la recién nacida “Guerra contra el Terror” transformaron por completo los paradigmas y usos clásicos de la violencia (Cairo y Pastor, 2006: 59-62; Oslender, 2006: 246; Barbé, 2007: 328-337; Matas, 2003: 7 y ss.). Por primera vez “Occidente” era atacado por grupos carentes de una base territorial real. El enemigo planteaba grandes problemas metodológicos: ¿Dónde atacar? ¿Dentro, fuera...? ¿A quién disparar? El diseño de la guerra requería por tanto de la construcción de un imaginario geográfico que situase cartográficamente en los mapas los lugares en que ésta debía llevarse a cabo. Así, tras una sencilla re-ubicación del problema, la respuesta de Occidente fue clara y clásicamente territorial, alentada por un renacido nacionalismo hambriento. La construcción del nuevo *enemigo* va a operar en todas las escalas: lo que durante la Guerra Fría eran “grupos insurgentes” en un nivel regional, ahora son llamados terroristas y representan el mayor peligro para la seguridad y la libertad a nivel mundial. En esta cuestión se suman los esfuerzos de geopolíticas *formales, prácticas y populares*. Los medios de comunicación vociferan los nuevos códigos geopolíticos estadounidenses plasmados en la práctica de la OTAN como principal agente militar de los intereses occidentales y en la geopolítica formal de autores como Huntington (1997), que señala que desde los noventa el escenario geopolítico se caracteriza por el “choque” entre la civilización occidental y la árabe, que explica el funcionamiento del conjunto del mundo. Acompaña esta teoría de un modelo de acción que impone la necesidad de intervenir en aquellos lugares en que la civilización musulmana está en expansión. Se trata de una nueva imaginación geopolítica que no es tan nueva como parece: aparece cargada de componentes civilizatorios (exaltación y defensa de la superioridad de la cultura occidental), naturalizadores (naturalización de la relación innata entre el Islam y el terrorismo) e ideológicos (se trata de asimilar el Islam a la categoría de ideología política en contraposición a la democracia neoliberal).

A pesar de aludir a narrativas e imaginarios globales, la “Guerra contra el Terror”, en tanto que código geopolítico hegemónico, va a tener un profundo impacto sobre las geografías cotidianas. La comprensión de la geopolítica como práctica y discurso multiescalar subraya la necesidad de rescatar las realidades cotidianas en que el discurso se practica, produce y reproduce, algo que ha reivindicado la *Geopolítica Feminista*. Las formas en que la “Guerra contra el Terror” se presenta en las vidas cotidianas aparecen a menudo *corporeizadas*, de modo que el cuerpo se convierte en una escala legítima y necesaria para un análisis geopolítico íntegro. La escala corporal nos permite analizar *los cuerpos que importan en las geometrías del poder* (Cabezas, 2012: 841-845), *los cuerpos que cuentan* (Hyndman, 2003: 9-11; 2007: 35-46), la maleabilidad y contingencia de conceptos geopolíticos clave como la *(in)seguridad* (Fluri, 2011: 280-296) o la construcción de un *enemigo* sexualizado y racializado como base para la legitimación de todo tipo de comportamientos políticos, sociales y culturales que operan en todas las escalas espaciales (Oslender, 2006: 244; DasGupta, 2014).

Lo relevante de esta visión *encorporeizada* de la Geopolítica está en la observación de que las prácticas y discursos hegemónicos operan en referencia a cuerpos e imaginarios siempre racializados y sexualizados. Los

imaginarios espaciales hegemónicos se construyen sobre dicotomías clásicas como global-local, masculino-femenino, público-privado y externo-interno (Cabezas, 2012: 841). Detrás de medidas específicas que a menudo operan en un contexto local (prohibición del velo en un colegio público de la Comunidad de Madrid o de la vestimenta islámica femenina en algunas playas del sur de Francia) se encuentran dinámicas de poder de dimensiones globales (Galaz y Montenegro, 2015: 1667; Llorent, 2013: 56-70). Estas prohibiciones constituyen la evidencia de la proyección de la “Guerra contra el Terror” hacia dentro, cuya forma más frecuente de librarse es apuntando hacia cuerpos estigmatizados. De nuevo la contingencia del *lugar* deviene fundamental: en función del contexto, la “Guerra contra el Terror” se materializará en unas u otras prácticas. Esta visión espacial unida a la escala geográfica como instrumento analítico es lo que nos permite ver en medidas concretas sobre cuerpos concretos toda una suma de significados y móviles geopolíticos que operan como denominador común de prácticas que se reproducen a diario pasando desapercibidas en nuestras geografías cotidianas (Hyndman, 2001: 210 y ss.). Esto pone de manifiesto que las conexiones entre los procesos globales y locales no son abstractas sino que siempre están *corporeizadas* y situadas en algún lugar concreto (Cabezas, 2012: 841).

La racialización y sexualización del imaginario geopolítico es la base de la narrativa que retrata al *enemigo*. Una retórica que encuentra su máxima expresión en el modo en que representamos a la mujer musulmana, siempre imaginada como víctima y sumisa y que trata de legitimar del cometido “humanitario” de Occidente, alentado en tantas ocasiones por los medios de comunicación como férreos retransmisores de la geopolítica popular. Al mismo tiempo que se critica un universo social normativo contra la mujer localizado en todo recodo de las geografías y vidas musulmanas, actuamos legislando en nuestros países y localidades sobre el cuerpo de estas mujeres condenándolas a la exclusión y marcando su diferencia (Mijares y Ramírez, 2008: 121-135; Galaz y Montenegro: 1667 y ss.). La geopolítica formal dicta “intervenir” *allí y aquí*, intervenciones que se materializan en bombardeos y legislaciones en pro de la seguridad y libertad de las mujeres. Prácticas y discursos que afectan a su cuerpo, que las matan y que obstaculizan sus rutinas condicionando su uso de las geografías públicas y urbanas, convirtiéndolas en sujetos potencialmente marginalizados e invisibilizados en el marco de manifestaciones periféricas de un conflicto de hombres (Kwan, 2002: 645-661; Oslender, 2004: 35-52; Hyndman, 2003: 9-11; Hyndman 2007: 35-46). Se trata de medidas periféricas de la “Guerra contra el Terror” en nuestros hogares (mientras que las centrales habitualmente suelen recaer sobre hombres: detenciones de presuntos “yihadistas”, descubrimientos de “células terroristas”, etc.). El carácter periférico de estas medidas determina su invisibilización de modo que pasan a menudo desapercibidas bajo la óptica analítica de las escalas espaciales clásicas. Rescatar estas experiencias es la gran contribución de la *Geopolítica Feminista*.

Para finalizar, considero imprescindible terminar con una reflexión sobre el modo en que manejamos, asimilamos y naturalizamos estos discursos. Frente a su *sumisión* oponemos un concepto de “libertad occidental” que en realidad es expresión de un sistema patriarcal sutil

y agresivo, responsable de feminicidios encubiertos a diario, consecuencia de la violencia estructural a la que la mujer es sometida por los cánones de belleza occidentales y por un sistema social que arrastra siglos de historia de opresión a la mujer, oculto tras discursos triunfalistas y reduccionistas que exaltan la ventaja de la mujer en el “mundo libre” en oposición a la “otra” mujer, la “del enemigo”, en una guerra ideológica repleta de contradicciones en la que de nuevo será la mujer como género oprimido la que saldrá perdiendo. En Occidente, la alienación de las mujeres llegará hasta tal punto que se crearán plenamente libres mientras reproducen los cánones de su propia opresión, al tiempo que la mujer musulmana en estos países será objeto de miradas xenófobas y trabas sociales e institucionales en lo que se refiere a la proyección de su religiosidad en su cuerpo. Los modelos normativos de corporalidad asesinan y oprimen a la mujer tanto como otras formas de opresión señaladas y criminalizadas en “Occidente”, bajo un modelo patriarcal multidimensional que se materializa en prácticas diversas de acuerdo con el contexto social.

La mujer musulmana es uno de los blancos de la ametralladora informativa en el mundo occidental para la legitimación de las nuevas guerras del S. XXI. Con aires de superioridad, los medios de comunicación pretenden sumergir a la libre población occidental en el *drama machista* que sufren a diario las mujeres en los Estados musulmanes. La imagen de la mujer musulmana en la prensa es clara y unívoca, y pensar en ella es una advertencia de la peligrosidad del enemigo. Atribuimos al cuerpo de la mujer musulmana y a sus símbolos culturales un significado denigratorio, llegando incluso a prohibirlos, mientras en las pasarelas de moda en París se lucen esqueletos mostrando sus deslumbrantes huesos a un público celoso y maravillado, convirtiéndose en el referente y el sueño de tantas chicas y chicos.

La cuestión del velo es reiteradamente recurrente, y afecta directamente a la concepción social del cuerpo de la mujer. Se considera expresión del carácter de la mujer como objeto propiedad del hombre musulmán: ella ha de ir tapada porque su cuerpo pertenece a su marido. Esta es la imagen simplista que reproducen una y otra vez los medios de comunicación, sin hacer siquiera distinción alguna entre los diferentes tipos de “velos” ni tomar en consideración en ningún momento la voz de las mujeres musulmanas, igualmente víctimas del terror del “otro”. Mientras, el ideal femenino occidental enfrasca a la mujer en un modo de vida condicionado por su cuerpo, donde la libertad es concebida como la facultad de enseñar los atributos quirúrgicamente implantados de unas y las carcomidas costillas de otras, ocultando los nombres de otras tantas que mueren en el quirófano o en sus propios hogares a manos de “nuestros” hombres.

El concepto de “feminicidio” aparece completamente asociado en la prensa al mundo islámico y musulmán, artífice de lapidaciones, ablaciones y vejaciones varias, mientras que se muestra ajeno al mundo occidental, donde la mayor tragedia al respecto es aquella de la “violencia doméstica” como consecuencia de una herencia atrasada y caduca de una mentalidad tradicional por suerte “en vías de extinción”. Para los creadores de opinión no existen las muertes por la violencia estructural que los cánones de belleza occidentales imponen a las mujeres, ni por la cantidad de tormentos

psicológicos que la forma de su cuerpo ocasiona a la libre mujer occidental, dueña de su vida, su cuerpo y sus hábitos y dietas saludables. Estas son algunas de las formas en que Geopolítica formal, práctica y popular se unen para ganar una guerra con objetivos ambiciosos.

REFERENCIAS

- Abu-Lughod, L. 2002. Do Muslim Women Really Need Saving?. Anthropological Reflections on Cultural Relativism and its Others. *American Anthropologist*, 104(3): 783-790.
- Agnew, J. y Cobridge, S. 1995. *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*. Londres: Routledge.
- Aguirre, M. y Bennis, P. 2003. *La ideología neoimperial y la crisis de EE.UU. con Irak*. Barcelona: Icaria.
- Ahmed, L. 1993. *Women and Gender in Islam. The Roots of a Modern Debate*. New Haven: Yale University Press.
- Ahmed, L. 2005. The Veil debate again. En Nouraine-Simone Fereshteh (ed.) *On shifting ground. Musolini women in global era*, 153-171. New York: The Feminist Press at the City University of New York.
- Al-Ali, N.; Black, R. y Koser, K. 2001. The limits to transnationalism: Bosnian and Eritrean refugees in Europe as emerging transnational communities. *Ethnic and Racial Studies*, 24(4): 578-600.
- Barbé, E. 2007. *Relaciones Internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Butler, J. 1993. *Bodies that matter*. Londres: Routledge.
- Cabezas, A. 2012. Cuerpos que importan en las geometrías del poder. En Cairo, H.; Cabezas, A.; Mallo, T.; del Campo, E. y Carpio, J. *XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, 841-845. Madrid: Trama Editorial, CEEIB.
- Cairo, H. y Pastor, J. (comps.). 2006. *Geopolítica, Guerras y Resistencias*. Madrid: Trama Editorial.
- Cairo Carou, H. 1993. Elementos para una Geopolítica Crítica: Tradición y cambio en una disciplina maldita. *Eria*, 32: 195-213.
- Cairo Carou, H. 1997. Los enfoques actuales de la Geografía Política. *Espiral. Estudios sobre Estado y sociedad*, 3(9): 49-72.
- Cairo Carou, H. 2009. Geopolítica crítica. En Román Reyes (dir.) *Diccionario crítico de ciencias sociales. Terminología científico social*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Caro Garzón, O. A. 2006. La doctrina Bush de la guerra preventiva: ¿Evolución del “ius ad bellum” o vuelta al Medioevo?. *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 36(105): 339-429.
- Castles, S. 2006. Global Perspectives on forced migration. *Asian and Pacific Migration Journal*, 15(1): 7-28.
- Dalby, S. 1990a. *Creating the second cold war*. Londres: Pinter.
- Dalby, S. 1990b. America, security discourse and geopolitics. *Political Geography Quarterly*, 9(2): 7-88.
- Dasgupta, D. 2014. Cartographies of friendship, desire and home; Notes on survival neoliberal security regimes. *Disability Studies Quarterly*, 34(4): 1-21.
- Díez, T. 2006. The paradoxes of Europe's borders. *Comparative European Politics*, 4: 235-252.
- Dodds, K. 2001. Political Geography III: critical geopolitics after ten years. *Progress in Human Geography*, 25(3):

- 469-484.
- Dowler, L. y Sharp, J. 2001. A feminist geopolitics?. *Space and Polity*, 5(3): 165-176.
- Fluri, J. L. 2011. Bodies, bombs and barricades. *Transactions of the Institute of British Geographers*, NS 36: 280-296.
- Foucault, M. 1974. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. 1978. *Microfísica del Poder, Genealogía del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Galaz Valderrama, C.J. y Montenegro Martínez, M. 2015. Gubernamentalidad y relaciones de inclusión/exclusión: los dispositivos de intervención social dirigidos a mujeres inmigradas en España. *Universitas Psychologica*, 14(5): 1667-1680.
- Gilmartin, M. y Koffman, E. 2004. Critically Feminist Geopolitics. En Staeheli, Lynn A. (ed) *Mapping Women, making policies: Feminist perspectives on Political Geography*, 113-125. Nueva York: Routledge.
- Hamdan, A. 2007. The issue of hijas in France: Reflections and analysis. *Muslim World Journal of Human Rights*, 4(2) 121-135.
- Haraway, D. 1991. *Symians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. London: Free Association Books.
- Held, D. 2003. Una vuelta al Estado de Naturaleza. *Papeles*, 82: 11-16.
- Hepple, L. W. 1986. The revival of Geopolitics. *Political Geography Quarterly*, 9(2): 171-188.
- Huntington, Samuel. 2006. ¿Choque de civilizaciones?. Madrid: Tecnos.
- Hyndman, J. 2000. Towards a feminist geopolitics. *Canadian Geographer*, 45(2): 210-222.
- Hyndman, J. 2003. Beyond Either/or: A Feminist analysis of September 11th. *ACME*, 2(1): 1-13.
- Hyndman, J. 2007. Feminist Geopolitics Revisited: Body counts in Iraq. *The professional Geographer*, 59(1): 35-46.
- Hyndman, J. 2011. A refugee camp conundrum: Geopolitics, Liberal Democracy and Protected Refugee Situations. *Refugee*, 28(2): 7-15.
- Hyndman, J. 2012. Geopolitics of migration and mobility. *Geopolitics*, 17(2): 243-255.
- Hyndman, J. y Gilles, W. 2011. Waiting for what? The feminization of asylum in protected situations. *Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography*, 18(3): 361-379.
- IOM. 2004. *Glossary on Migration*. Ginebra: IOM (Organización Internacional para las Migraciones).
- Katz, C. 2001. On the ground of globalization: A topography for feminist political engagement. *Signs*, 26(4): 1213-1224.
- Kwan, M.-P. 2002. Feminist visualization: re-envisioning GIS as a method in feminist geographical research. *Annals, Association of American Geographers*, 92(4): 645-661.
- Lefebvre, H. 1974. *La producción de l'espacio*. París: Anthropos.
- Llorent, V. 2013. El velo islámico: Controversias ante su uso en los centros escolares españoles. *Interacoes*, 23: 56-70.
- Mandoki, K. 2003. Cuerpo, lugar y discurso; reflexiones en torno a la producción de poder. *Versión*, 13: 247-269.
- Massey, D. 1994. *Space, place and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Massey, D. 2004. Geographies of Responsibility. *Geographical Annals B*, 86(1): 5-18.
- Massey, D. y Jess, P. 1995. *A place in the world?: Places, Cultures and Globalization*. Oxford University.
- Matas, A. 2003. Conflictos asimétricos. *Revista de las armas y de los servicios del ejército de tierra español. Escuela Superior de las Fuerzas Armadas*.
- Mcdowell, L. 1999. *Género, Identidad y Lugar*. Madrid: Cátedra. [Versión original: *Gender, Identity and Place: Understanding feminist geographies*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999].
- Mijares, L. y Ramírez, A. 2008. Mujeres, pañuelo e islamofobia en España: un estado de la cuestión. *Anales de historia contemporánea*, 24: 121-135.
- Mountz, A. 2010. *Seeking asylum: Human smuggling and bureaucracy at the border*. University of Minnesota Press.
- Ó Tuathail, G. 1996. An anti-geopolitical eye: Maggie O'Kane in Bosnia, 1992-93. *Gender, place and culture*, 3(2): 171-185.
- Ó Tuathail, G.; Dalby, S. y Routledge, P. (eds.). 2006. *Geopolitics Reader*. Nueva York: Routledge.
- Oslender, U. 2004. Geografías del Terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas. En Estrepo, E. y Rojas, A. (eds.) *Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, 35-52. Popayán, Universidad del Cauca.
- Oslender, U. 2006. Imaginarios geopolíticos contemporáneos post-11 S. En Cairo, H. y Pastor, J., *Geopolítica, Guerras y Resistencias*, 237-247. Madrid: Trama Editorial.
- Oslender, U. 2008. Geografías del terror: Un marco de análisis para el estudio del terror. *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, XII, 270, 144. (Ejemplar dedicado a X Coloquio Internacional de Geocrítica: Diez años de cambio en el mundo, en la Geografía y en las Ciencias Sociales).
- Preciado, B. 2011. Somateca, presentación del programa de actividades. Museo Reina Sofía. <http://www.museoreinasofia.es/actividades/somateca-presentacion-programa-practicas-criticas>.
- Preciado, J. y Uc, P. 2010. La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional. *Geopolítica(s)*, 1(1): 65-94.
- Raffestin, C. 1980. *Pour une géographie du pouvoir*. París: Lirec.
- Said, E. 1988. Identity, negation and violence. *New Left Review*, 171: 46-70.
- Serrano, P. 2009. *Medios violentos: Palabras e imágenes para el odio y la guerra*. La Habana: Editorial José Martí.
- Sharp, J. 2004. Doing Feminist Political Geography. En Staeheli, Lynn A. (ed.) *Mapping Women, Making Politics: Feminist Perspectives on Political Geography*, 87-98. Nueva York: Routledge.
- Sharp, J. 2005. Guerra contra el Terror y Geopolítica Feminista. *Revista Tabula Rasa*, 3:29-46.
- Sherrell, K. y Hyndman, J. 2006. Global minds, local bodies: Kosovar transnational connections beyond British Columbia. *Refugee*, 23(1): 76-96.
- Sicherman, H. 2002. Finding a foreign Policy. *Orbis*, primavera: 219-220.
- Smith, N. 1993. Homeless/Global: Scaling Places. En Bird, J.; Curtis, B.; Putnam, T.; Robertson, G. y Tickner, L. (eds.). *Mapping the Futures: Local cultures, Global Change*.

- Londres: Routledge.
- Staehele, L.; Kofman, E. y Peake, J.L. (eds). 2004. *Mapping women, Making policies: Feminist perspectives in Political Geography*. Nueva York: Routledge.
- Taylor, P. y Flint, C. 2002. *Geografía Política: Economía-mundo, Estado Nación y Localidad*. Madrid: Trama.
- Tickner, J. A. 2002. Feminist perspectives on 9/11. *International studies perspectives*, 3: 333-350.
- Young, I. M. 1990. *Justice and politics of the Difference*. Princeton: Princeton University Press. [Traducción española de Silvia Álvarez, *La justicia y la política de la diferencia*. Cátedra, 2000].
- Young, I. M. 1998. *Race and gender struggles*. Oxford: Antipode.
- Zine, J. 2006. Between Orientalism and Fundamentalism. The Politics of Muslim Women's Feminist Engagement. *Muslim World Journal of Human Rights*, 3(1): art. 5.